

Semiótica de la toponimia colombiana

Olga Chesnokova
(Rusia)

Este artículo se enfoca en el origen, la motivación, la estructura morfológica y semántica de los topónimos colombianos que se analizan desde el punto de vista semiótico. El enfoque semiótico permite evaluar el papel de la toponimia nacional en la visión del mundo de los colombianos y en su creatividad lingüística.

Al estudiar los topónimos, la toponimia (la onomástica geográfica) combina las metodologías de los análisis lingüístico, histórico y geográfico.

La etimología y las acepciones originales, así como la motivación y la estructura morfológica de los nombres geográficos son el constante y tradicional objeto del estudio toponímico. Puesto que la semiótica es una ciencia sobre los signos y la metodología de su análisis (Morris, 1971; Eco, 1976; Lotman, 1996), en los estudios semióticos de los topónimos se puede dar hincapié al análisis de su lugar entre los diversos sistemas de signos y a la interpretación de los topónimos como signos tridimensionales en sus vertientes semántica, sintáctica y pragmática, las tres dimensiones básicas del signo (Chesnokova 2011, 2012).

Fig.1. *El mapa de Colombia*

Semióticamente, los topónimos reflejan y catalogan el espacio. Según Yu. Lotman, la semiótica del espacio representa el significado clave en la formación de “*la imagen del mundo*” para tal o cual cultura. La base inevitable de la interpretación de la vida a través la cultura está en la formación del modelo del universo y del espacio (Lotman, 1996, p. 205). Puesto que la filología hispánica contemporánea percibe la lengua española como un conjunto de parámetros de divergencia y convergencia, se puede estudiar los topónimos como marcadores de la percepción del universo por hablantes de diversas variedades del español, lo que combina los logros de la geografía onomástica tradicional y los estudios dialectales y semióticos, prestando una especial atención a los sistemas toponímicos nacionales y su consecutiva comparación.

Los topónimos nacionales son parte inalienable del español de respectivos países hispanohablantes. El español de Colombia incluye rasgos panhispánicos (el caudal léxico, la base fonética y el estándar gramatical), rasgos panamericanos (como, por ejemplo, el seseo y el yeísmo americanos), rasgos regionales y características estrictamente nacionales. Según C. Patiño Roselli, el patrimonio lingüístico colombiano es tripartito e incluye tres componentes: el hispánico, el amerindio y el afrocolombiano (Patiño Roselli, 2000, p. 71).

Semióticamente, la toponimia colombiana refleja posibilidades denominadoras propias según diversas etapas de la historia del país. La tradición lingüística colombiana cuenta con trabajos valiosos que desarrollan temas toponímicos (Diccionario geográfico de Colombia, 1953; Diccionario de topónimos y términos costeros de Colombia, 1998; Diccionario de gentilicios de Colombia, 2008; Nombres geográficos de Colombia, 2009).

Uno de los principios de certitud en los estudios toponímicos se encuentra en su percepción como sistemas, puesto que un topónimo aislado, aunque sea transparente por su forma interior, no proporciona información onomástica suficiente; la información se pone de manifiesto solamente en los estudios de una serie de topónimos (Murzáev, 1974, p. 323).

Al igual que -por lo visto- en la toponimia latinoamericana en general, como se ha tenido ocasión de afirmar (Chesnokova, 2011, 2012), nosotros proponemos agrupar los topónimos colombianos en voces provenientes de lenguas autóctonas que explícitamente guardan componentes indígenas, topónimos surgidos en la época de la conquista de América por los europeos, en los que prevalecen los recursos del castellano, denominaciones geográficas que abarcan el período desde la independencia de Colombia hasta la fecha, en las que una de las tendencias predominantes es la de recursos de nombres propios. En cada una de estas tres vertientes se hallan topónimos originarios en nombres propios (de persona, es decir, antropotopónimos, en primer término) y en nombres comunes, que permiten diversas combinaciones. He aquí unos ejemplos.

Casanare -nombre de uno de los 32 departamentos de Colombia- es un topónimo de origen indígena que significa ' *río negro* ', testimonia recursos de nombres comunes del sustrato amerindio del español colombiano.

Sincelejo, capital del departamento de Sucre, es una alusión al nombre del cacique indígena; lingüísticamente, es antropotopónimo.

San Juan de Pasto, el nombre de la capital del departamento de *Nariño*, combina el componente religioso, alusión a San Juan, combinado con ' *pasto* ', posible denominación étnica autóctona, que marcaba la frontera de los dominios de la respectiva etnia.

Sucre, uno de los treinta y dos departamentos colombianos, recibió su nombre en honor a Antonio José de Sucre (1795-1830), héroe de la independencia nacional, lo que da un ejemplo de antropotopónimo relacionado con la época de la Independencia.

Los topónimos colombianos de origen chibcha frecuentemente tienen formantes *sua* 'sol', *suba*, *ga*, *gua* 'montaña', *-ta* 'lugar', 'frontera', *-quira* *-quica* 'lugar' (Litvin, 1983). En la toponimia colombiana de origen indígena predominan vocablos oxítonos y paroxítonos: *Bogotá*, *Boyacá*, *Sotaquirá*, *Chiquinquirá*, *Topáipi*, *Caparrapí*, *Chaguaní*, *Chiriví*, *Ramiriquí*, *Monguí*, *Nemocón*, *Chipaque*, *Mantá*, *Guasca*, *Guateque*, *Paipa*, *Panqueba* (Espejo Olaya, 1999, p. 1132).

Muchos topónimos colombianos resultan ser reproducciones de topónimos extranjeros y el resultado de uso de recursos de la lengua española, tanto en la esfera de los nombres comunes como en la de los nombres propios.

Son múltiples los ejemplos de traslado de topónimos europeos y extranjeros en general, que en la toponimia colombiana resultan -básicamente- una réplica de topónimos peninsulares.

Un ejemplo clásico de traslado de topónimos peninsulares en la toponimia colombiana lo ilustra el topónimo *Cartagena de Indias*, el nombre de la capital del departamento de Bolívar, ciudad *Patrimonio Histórico de la Humanidad* y entidad turística colombiana más visitada por nacionales y extranjeros. La ciudad de Cartagena de Indias fue fundada por Pedro de Heredia y semióticamente se asocia con la Cartagena peninsular.

Para diferenciar la Cartagena española de la Cartagena colombiana, ésta última lleva la aclaración "*de Indias*".

La siguiente frase del protagonista de G. García Márquez fácilmente se identifica por los hispanohablantes como referida precisamente a Colombia: “*Mis únicos viajes fueron cuatro a los Juegos Florales de Cartagena de Indias, antes de mis treinta años*” (Márquez, 2004, p.20).

Además del traslado de topónimos peninsulares, en la toponimia colombiana se hallan atestiguadas réplicas de topónimos no peninsulares, como lo observamos en los casos de *Antioquia, Armenia, Neiva, Florencia, Argelia, Albania, Alejandría, Aquitania*, entre otras.

La comparación de toponimias nacionales evidencia que la absoluta coincidencia en grafía algunas veces manifiesta la motivación diferente que nos presentan los casos de homonimia toponímica. Así, el topónimo *Córdoba*, además de ser el nombre de la capital de la provincia del mismo nombre en España, se halla en los sistemas toponímicos de Colombia, México, Argentina, Perú y Chile (El Diccionario de nombres geográficos latinoamericanos, 1975, T.I, p. 400-401).

Como nombre de uno de los treinta y dos departamentos de Colombia, el topónimo *Córdoba* fue tomado de la identificación onomástica del general *José María Córdoba (Córdova)*; 1799-1829), uno de los próceres de la independencia del país, o sea, en este caso el topónimo colombiano Córdoba no es la reproducción del topónimo homónimo peninsular.

Partiendo de recursos léxico-semánticos de la lengua española, se observan en el mapa de Colombia muchos topónimos descriptivos: *Meta, Barranquilla*.

En la toponimia costera encontramos descripciones pragmáticamente racionales y metafóricas del entorno: las bahías *Buenaventura* y *Agua Mansa*, las bocas *Amansaguapos*, *Ceniza*, *Cerrada*, *El Tigre*, la bocana *Pasacaballos*, el cabo *Tiburón*, el canal *Bocachica*, la ciénaga *Arenque*, las ensenadas *Puerto del Rey*, *Rincón Hondo*, *el Tigre* (Diccionario de topónimos y términos costeros de Colombia, 1998).

Junto con topónimos que presentan combinaciones de palabras con la observación de normas gramaticales, de tipo *Canal del Dique*, *Arroyo de plata*, son múltiples los ejemplos de topónimos que resultan palabras compuestas: la boca *Bocagrande*, el cayo *Quitásueño*, la ensenada *Amansaguapos*, la isla *Buenvista*, lo que forma una constante sintáctica de topónimos latinoamericanos (Chesnokova, 2011, p. 16).

En cuanto a los topónimos conmemorativos, reflejan los valores patrióticos de los colombianos que es la tendencia predominante en su perfil semiótico. Así, uno de los treinta y dos departamentos del país -*Nariño*- fue nombrado en honor a *Antonio Nariño* (1765-1823), precursor de la independencia de Colombia. Otro ejemplo de relevancia es el nombre del departamento de *Bolívar* que en 1857 recibió –en homenaje a Simón Bolívar (*Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar de la Concepción y Ponte Palacios y Blanco*; 1783-1830), “*El Padre de la Patria*” para colombianos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, panameños- la antigua Provincia de Cartagena. Un otro ejemplo significativo de esta clase de topónimos es el nombre del *Departamento de Santander*, nombrado así en honor al héroe de la independencia de la Nueva Granada *Francisco José de Paula Santander y Omaña* (1792-1840).

Los rasgos semióticos de los topónimos son bien ilustrados a través de sus perífrasis y metáforas culturales existentes en la memoria colectiva de los hablantes, lo que da un toque especial a su actividad discursiva. Para el nombre de la capital

colombiana lo es la perífrasis *La Atenas Suramericana* que alude a la pureza del español colombiano (Patiño Roselli, 2000, p. 78).

En el discurso contemporáneo de los colombianos, esta perífrasis adquiere rasgos irónicos, como lo muestra el siguiente ejemplo del archivo digital de “*El Tiempo*”: “*Bogotá todavía no tiene cómo volver a presumir de ser la Atenas suramericana. No tiene las librerías de Buenos Aires ni las megaexposiciones de los museos mexicanos o brasileños*” (eltiempo.com. 15 de diciembre de 2010).

La denominación humorística *Neverita* registrada en el habla popular de los habitantes del litoral Caribe de Colombia, alude al clima “frio” -desde su punto de vista- de la capital colombiana y resulta una metáfora cultural.

En los estudios semióticos de la toponimia son muy benignos los intentos de la recopilación y de sistematización de perífrasis y metáforas culturales que sustituyen los signos toponímicos formales.

La originalidad lingüística colombiana la demuestran, además de la ya mencionada perífrasis *La Atenas Suramericana* respecto a Bogotá, las denominaciones *Ciudad de la Eterna Primavera* (Medellín), la *Capital Musical* (Ibagué), la *Cuna y el Taller de la Libertad* (Tunja), la *Ciudad de los Parques* (Bucaramanga), la *Puerta de Oro de Colombia*, la *Arenosa* (Barranquilla) (Diccionario de gentilicios de Colombia, 2008, p. 17).

Las denominaciones estéticas de accidentes geográficos manifiestan casos de homonimia entre los diversos sistemas toponímicos nacionales. Así, la *Ciudad de la Eterna Primavera* para los colombianos es *Medellín*, para los mexicanos lo es *Cuernavaca*, mientras que para los chilenos, la ciudad de *Arica*.

Las formas abreviadas de topónimos también resultan de mucho interés para sus estudios semióticos. Citemos a forma abreviada del topónimo *Aracataca* en el discurso autobiográfico de G. García Márquez: “*Su nombre no es de pueblo sino del río, que se dice ara en lengua chimila, y Cataca, que es la palabra con que la comunidad conocía al que mandaba. Por eso entre nativos no la llamamos Aracataca, sino como debe ser: Cataca*” (Márquez, 2002, p. 53).

Un interesante tema para los estudios semióticos es el de nombres gentilicios, sus fuentes de motivación, fórmulas gramaticales, principios de combinación de sufijos, sus variantes culturales y casos de homonimia toponímica. Una visión original e innovadora de la investigación de nombres gentilicios colombianos fue realizada en el Instituto Agustín Codazzi (Diccionario de gentilicios de Colombia, 2008).

El análisis lingüístico de los gentilicios colombianos revela su derivación morfológica por medio de sufijos *-ano*, *-ense*, *-ino*, *-eño*, *-ero*, *-és* y otros, que son recursos panhispánicos para formar gentilicios. Según los investigadores colombianos, los sufijos más productivos para formar gentilicios en el español colombiano son los sufijos *-eño* y *-ense*, mientras que el sufijo *-uno* se registra solamente para el gentilicio *pastuno* (Diccionario de gentilicios de Colombia, 2008, p. 168). Algunos gentilicios varían en forma: *baranoense/ baranoero,-a*; *carolinense /carolinero-a*; *cordobeno/ cordobés/ cordobita*, *restrepense / restrepeño*, que testimonian más bien los gustos lingüísticos que la motivación consciente.

Son notorios los ejemplos de denominaciones metafóricas. Los habitantes del departamento de Huila, son llamados -además del gentilicio *huilenses- opitas*, que asciende a la fórmula de saludo *opa*, que se asocia, en la conciencia lingüística de los colombianos con el habla coloquial de los huilenses (Diccionario de gentilicios de Colombia, 2008, p. 155).

Cabe anotar que igual que las perífrasis de los nombres geográficos, en el campo de nombres gentilicios se descubren casos de homonimia. Por ejemplo, en Colombia el vocablo *porteño* se emplea para denominar a los habitantes de Puerto Carreño. Además de Colombia, sirve para denominar a los habitantes de Buenos Aires (Argentina), los de Valparaíso (Chile), los de Puerto Cabello, Puerto La Cruz (Venezuela), Puntarenas (Costa Rica).

El enfoque semiótico en la toponimia permite percibir y analizar nombres geográficos como signos tridimensionales en sus vertientes semántica, sintáctica y pragmática y -consecuentemente- establecer lazos sistemáticos que forman.

Voces provenientes de lenguas autóctonas, topónimos surgidos en la época de la conquista de América por los europeos y denominaciones geográficas que se asocian con valores patrióticos resultan tres posibles constantes de nombres geográficos colombianos que no excluyen las posibilidades de su combinación y modificación. Especifican la percepción del universo por los colombianos y los vaivenes de su creatividad lingüística, lo que muestra el uso de los topónimos en diversos tipos de discurso y texto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. CHESNOKOVA, O., 2011: Toponimia latinoamericana: Un enfoque semiótico. *Forma y Función*. vol. 24, n. 2. Bogotá, Colombia, issn 0120-338x, pp. 11-24
2. CHESNOKOVA, O., 2012: *El español en Colombia. Análisis lingüístico y culturológico*. Saarbrücken, Germany, Palmarium Academic Publishing. (en ruso).
3. *Diccionario de gentilicios de Colombia*, 2008: Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia.
4. *Diccionario de nombres geográficos latinoamericanos.*, 1975: Moscú, Ed. Nauka. (en ruso).
5. *Diccionario de topónimos y términos costeros de Colombia*, 1998: Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1998.
6. *Diccionario geográfico de Colombia* / Gómez, Eugenio J., 1953: Bogotá. Publicaciones del Banco de la República.
7. ECO, U., 1976: *A Theory of Semiotics*. London: Macmillan.
8. ESPEJO OLAYA, M.B., 1999: Notas sobre toponimia en algunas coplas colombianas. *THESAURUS*. Tomo LIV. Núm. 3. Centro Virtual cervantes. Pp. 1102-1156.
9. GARCÍA MÁRQUEZ, G., 2002: *Vivir para contarla*. Bogotá, Editorial Norma.
10. GARCÍA MÁRQUEZ, G., 2004: *Memoria de mis putas tristes*. Bogotá, Editorial Norma.
11. *Nombres geográficos de Colombia: departamentos y ciudades capitales, datos pertinentes del proceso de apropiación y socialización del territorio*, 2009: Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
12. LITVÍN, I.P., 1983: *Diccionario del léxico toponímico de América Latina*. Moscú, Nauka. (en ruso).
13. MORRIS, CH., 1971: *Writings on The General Theory of Signs*. The Hague: Mouton.
14. MURZÁEV, E.M., 1974: *Ensayos toponímicos*. Moscú, Ed. Mysl (en ruso).
15. PATIÑO ROSELLI, C., 2000: Apuntes de lingüística colombiana. *Forma y Función*, 13, páginas 67-84.